

## La casa

Sandra De Falco

No dejo de pensar en la casa. Difícil saber si fue el azar, una especie de ruleta que jugamos Marina y yo sin saberlo, o una elección. Difícil de entender, también, si empiezo a contarlo en cualquier lado, ¿no? ¿Tiene tiempo? Después de todo fue usted quien quiso que le contara.

Con Marina nos conocimos en un congreso. Yo había llegado tarde, apenas unos minutos. Ella dijo que me vio, como todos en el auditorio, peleándome con una puerta de vidrio que estaba trabada. Dijo que me vio así, tan blanca y vestida de negro, que toda la escena le había parecido salida de una película de Chaplin. Cuando finalmente entré quiso el destino que me sentara a su lado. Ella se reía y con el dedo se secaba una lágrima. Era de risa fácil. No sé por qué digo *era*.

—Marina Olmos —dijo y me dio un beso en la mejilla.

Yo me incliné hacia atrás:

— ¿Nos conocemos?

—No. Por eso. Soy Marina Olmos —me contestó.

Me presenté y nos reímos. Porque juntas nos reíamos mucho. Otra vez en pasado, cómo puede ser; y ese pasado que congela todo atrás. Ella es pura alegría, si me permite el énfasis. O quizá sí debería decirlo en pasado. ¿Usted cree que si una cambia puede volver a cambiar para ser lo que era antes de cambiar? Es todo muy confuso, lo sé.

Como le decía (y si no se lo dije, lo digo ahora) nos hicimos amigas. Con “a” mayúscula, porque hay relaciones que dignifican los conceptos, las ideas. No quiero ponerme solemne con esto, pero es importante que usted entienda. Se suele llamar amigos a cualquier cosa, pero lo nuestro es de verdad. *Es*. ¿No tiene esa persona con la que siente la necesidad de contarle todo, de compartirlo todo, alguien que hace de su vida algo más real? ¿No? Bueno, lo lamento.

Con Marina no vivíamos juntas, pero casi. Viajábamos mucho, eso sí. A ella le gusta manejar. Le gusta cantar mientras maneja, sigue el ritmo con la cabeza y con la mano. Así, como si tuviera una batuta. Aprendió inglés con las canciones. En realidad no aprendió, cantaba por fonética, como decía. En el

auto, las dos solas, ella cantando sin ni un poquito de vergüenza, no voy a decirle que era la felicidad, porque ni usted ni yo creemos en eso, pero es mi vida, es como me gusta recordarme los domingos a la tarde cuando los grillos empiezan a cantar y yo no le encuentro sentido ni siquiera a aplastarlos. Entonces me recuerdo así, riéndome y cantando con ella en una ruta y lo único que quiero es planear un nuevo viaje, a las sierras o a los esteros.

Esa vez veníamos de Puelches. Estaba atardeciendo cuando algo empezó a andar mal. Ella lo notó enseguida. La aguja del termómetro había enloquecido y perdíamos presión de aceite. Nos dio miedo quedarnos con el motor fundido en el medio de La Pampa. Vimos un cartel, algo borroneado, con el nombre de un pueblo. Nos sorprendió porque no figuraba en nuestro mapa. Nos desviamos pensando que ahí encontraríamos a alguien que nos pudiera ayudar. Donde empezaba el pueblo había un taller mecánico. El hombre dijo que no era nada grave, que lo podía arreglar, pero recién para la mañana siguiente. Le preguntamos por un hotel y nos contestó que ahí no había hoteles, pero sí una casa, que estaba disponible. Nos indicó dónde quedaba y nos recomendó que habláramos con la vecina que era quien tenía la llave y seguro nos la daría.

La casa quedaba en la esquina de las calles Uno y Dos. No era lejos, pero los bolsos nos pesaban. Hicimos la mayor parte del camino en silencio, hasta que yo le dije lo que me venía dando vueltas en la cabeza, algo que me preocupaba. Porque era insólito: en qué ciudad del mundo las calles Uno y Dos se cruzan. En ninguna, suelen ser paralelas. Marina se rio con ganas. Lo único que me contestó fue que tengo una preocupante inclinación a las inquietudes bobas. Era cierto, yo también me reí.

Cuando llegamos, la vecina nos dio la llave con una alegría exagerada. Marina le agradeció y le aclaró que era por una noche, y la mujer... esa vieja, porque ahora no puedo más que odiarla, esa vieja sabía, todos sabían. La mujer sonrió, miró a Marina, después a mí, después de nuevo a Marina, y dijo que pobrecita la casa, que estaba deshabitada.

Apenas entramos, Marina quiso abrir las ventanas. Tuve que advertirle que ya era casi de noche, que no convenía. Prendimos la luz. Marina quedó tan fascinada con la araña de bronce con caireles, nada extravagante pero señorial,

que tuve que sacudirla del brazo para que reaccionara y viera lo demás, los muebles, los adornos. Todo dispuesto, ordenado como si alguien todavía estuviera viviendo ahí, como cerrada por vacaciones.

Empezamos a recorrer la casa, a husmear por los ambientes. Marina leyó en voz alta un diploma amarillento, de 1942, que colgaba en la pared del living. Era el título de secretaria para una tal Felicitas del Valle.

—Profesional en esa época, toda una adelantada —dijo.

Mientras Marina miraba las fotografías de los portarretratos y las que colgaban de las paredes, algunas con gestos adustos pero la mayoría sonrientes, yo recorría los cuartos. Los muebles eran antiguos y la cocina y el baño ambientados a mediados de los cincuenta.

No sé si usted se imagina lo que es habitar la casa de otros, aunque sea sólo por una noche. Es diferente a un hotel, donde los cuartos son impersonales. En la casa nos sentíamos intrusas, observadas. Al menos eso me pasaba a mí. Ahora sospecho que desde el principio a Marina toda la situación le divertía. Siempre inventaba historias con una convicción que no quedaba más que creerle. Imaginó que Felicitas no era del pueblo, sino de Buenos Aires, que llegó ahí siguiendo a su marido. Yo me burlé, recuerdo que le grité desde la cocina que, si era así, no era tan adelantada.

Marina se entretenía en los cuartos, no sé bien qué hacía; yo me quedé en la cocina revisando cajones y alacenas. De pronto vi en el centro de la mesa un florero de cerámica que tenía pintado a mano, con pulso tembloroso, una naturaleza muerta. El florero más feo del mundo, pensé y lo guardé en la alacena. Marina me llamó desde la otra habitación para que conociera a Felicitas. Había descubierto una fotografía de un casamiento y seguía con esa historia. Yo insistía en refutarla. Le pedí el portarretratos, saqué la fotografía y la di vuelta. Se leía "Isabel y Mario. 1995".

—Debe ser la nieta de Felicitas del Valle —dijo Marina y me arrancó el portarretrato para ponerlo con cuidado donde estaba.

Ahora sé con más certeza que no se relacionaban. Que estas personas vivieron en la misma casa, sí, pero nunca se conocieron. En ese momento no lo pensé con seriedad, era todo parte de un juego, de nuestras bromas, nuestro

lenguaje. Era siempre así: yo en guardia, ella suelta y bailando como una hoja en otoño. No lo pensé, decía, y salí a comprar algo para cenar. Volví con una botella de agua y el paquete de la comida envuelto en una bolsa de nailon. Oí ruidos en la cocina, me acerqué y me paré bajo el dintel de la puerta. Marina había vaciado la alacena. Sobre la mesada se veían los platos y vasos recién lavados; sólo le faltaba una jarra y algunas cacerolas. El agua caía del grifo y golpeaba con fuerza en la pileta. Le pregunté para qué había lavado todo si con un par de vasos nos arreglábamos. Me contestó que estaba lleno de polvo y se puso a lavar la jarra.

Me extrañó verla tan concentrada en su tarea. Entré a la cocina y apoyé la botella de agua y el paquete sobre la mesa. Vi la puerta cancel abierta, trabada con una silla y salí al jardín.

La noche era joven, recién aparecían las primeras estrellas. Me acerqué al árbol de laurel, primero acaricié una hoja y después la arranqué. Lustrosa de un lado, pálida del otro. La despedacé hasta triturarla, hasta que fue apenas un breve montículo en el cuenco de mi mano. Lo soplé. De fondo se oía el murmullo del agua y algún que otro golpe metálico de las cacerolas. Miré hacia el cielo. Algo me resultaba absurdamente familiar. Porque en todos lados se ve el mismo cielo, pensé. Olí la yema de los dedos y la palma de mi mano, sentí el leve rastro de la hoja y entré.

—Hay un árbol de laurel —dije y me senté a la mesa.

Ella estaba terminando de lavar y me daba la espalda. Cerró la canilla muy despacio y se secó las manos con un repasador.

—Ya lo sé —dijo sin darse vuelta.

Abrí el paquete con la comida que había traído y le pedí que viniera a la mesa. Marina tiró el repasador sobre la mesada, giró y, con un paso largo, se paró a mi lado, apoyándose una mano en el hombro y con la otra dejó en el centro de la mesa el florero que yo había escondido un rato antes.

—No era su lugar —murmuró.

No vaya a creer que nos peleamos. Yo lo atribuí a que estaba cansada, había manejado el día entero y le gustaba batallar todas las causas perdidas, en este caso la del florero abominable y rechazado. Esperaba su sermón sobre los

derechos de los floreros que Marina improvisaría con su talento para la oratoria, en tono burlón porque solo así podía hablar de cosas serias. Pero no, no dijo nada más.

Esa noche decidimos dormir las dos juntas en la misma habitación, la más soportable. La otra la cerramos, tenía más retratos, viejos y borrosos, casi fantasmales, un crucifijo enorme sobre una cama angosta y despedía un olor fuerte a naftalina, a ropa vieja recién sacada del armario, y también a piso encerado. No era parquet, eran esos largos listones de madera oscura. Estaba hueco y las pisadas resonaban más. Fíjese que por algo le describo la casa, tome en cuenta estos detalles. Escucharlos todos juntos da una impresión cierta de lo que pasó. Piense que yo, en cambio, los fui advirtiendo como hechos aislados, que para mí no eran más que parte de un juego o del cansancio.

Nos faltaba revisar la biblioteca. La dejamos para el final, antes de acostarnos. Las bibliotecas son como el corazón de la casa, ¿no le parece? Es lo que late, lo que le da vida. Esa biblioteca tenía, arriba de todo, lejos de nuestro alcance una enciclopedia. En los estantes accesibles una Biblia, un libro de cocina tailandesa, Moby Dick, libros de terror y de autoayuda, Joyce y novelitas de amor. Elegí uno al azar y en la primera página había una dedicatoria, algo de "Mamá: disfrutá tu viaje, te quiero mucho, Analía". Y figuraba un año, el '78 o el '79. ¿Se da cuenta del desorden? Esa biblioteca no era de una persona o de una familia. Lo digo más claro: a esa casa le pertenecieron muchas personas. Era evidente: cosas muy distintas y superpuestas: los cuadros (que eran retratos, el diploma, una réplica de Van Gogh), los libros, las fotografías, los distintos juegos de vajilla en la cocina, las personas que se fueron quedando en esa casa, y Marina, que ya estaba rara pero yo seguía sin notarlo, hablaba de la casa como si fuera suya, o ella ya era de la casa, me había dicho qué lindo jardín para tomar mate, y yo pensé que sí, que era lindo y no le di importancia, como tampoco me importó que ella reacomodara objetos o que pusiera un mantel nuevo sobre la mesa o que se entusiasmara porque la fotografía que nos sacamos con mi polaroid en la entrada del pueblo daría un toque de luz a tanta sepia... Marina me la había pedido para ponerla al lado de la foto del casamiento. Pensé que iba a quedar ahí por un rato, el tiempo que estuviéramos en la casa. Si me la hubiera quedado

al menos tendría el nombre del pueblo, y buscarla sería más fácil... Porque la estoy buscando. Terminé este café y sigo viaje. Sé que estoy cerca y ya no tengo miedo. Ni rencor ni esperanza. Incredulidad, tal vez.

A la mañana siguiente, temprano, el hombre del taller vino a traernos el auto. Yo salí a agradecerle y a guardar en el baúl los bolsos que nos habíamos llevado el día anterior. El hombre simplemente me dio las llaves y despacio se fue caminando con las manos en los bolsillos. Ahí vi a la vecina que me sonreía. La vieja había corrido un poco la cortina y me espiaba por la ventana. Marina estaba parada en el umbral. Me acerqué y le dije "Bueno, vamos", y ella me abrazó. Disculpe que me ponga así, no soporto acordarme de esto, no puedo aceptar que haya sido una despedida. Después Marina me apartó y cerró la puerta. Intenté abrirla, pero no pude. Empecé a golpearla, a la puerta, primero con la palma de la mano, después con el puño; y la llamaba, le gritaba que me abriera. Golpee hasta cansarme. Finalmente retrocedí unos pasos. Marina había corrido un poco la cortina y me miraba por la ventana. Nada de saludos o de lágrimas. Me miraba como si no me conociera. Bajé su bolso del auto y lo dejé en el umbral. No podía hacer nada más. La casa ya había elegido y todavía no sé por qué no me eligió a mí.